



Aríetocracia



Supererogatio

BLANCO Y
NEGRO Y

Nº
10

¿Cómo vive la aristocracia española

La nobleza española es, acaso, la que más diferencia tiene con la nobleza del mundo en aquello que se refiere a sus relaciones sociales y a sus actividades cotidianas dentro de la vida del país. La aristocracia de nuestra nación ha sido, desde tiempos muy pasados, de una cordialidad tal, que no tiene pareja en Europa, donde la nobleza no ha abandonado nunca ese protocolo que la hacía vivir aislada y retirada de todas las otras clases sociales.

La revolución del año 1873 suprimió todos los títulos nobiliarios y el uso de sus dignidades, aunque fueron restablecidos de nuevo, para volver a ser suprimidos con motivo de la proclamación de la República que disfrutamos.

La antigua nobleza vivía dedicada siempre a la guerra y a la conquista. De entonces datan los ilustres nombres de la Casa de Alba, Osuna, Manrique, Lara, Mendoza, Pavía, Hernán Cortés, Veragua, Medina Sidonia, Silva, Farnesio, etcétera, etc.

La nobleza de hoy, descendientes de aquellos títulos de antaño o de otros de más reciente creación, vive a tono con los tiempos, dedicada a múltiples actividades que en nada se diferencian de las de otros ciudadanos. La aristocracia española ha desempeñado un papel importantísimo en la vida de la nación, sobre todo en el pasado siglo, aportando con su esfuerzo y su dinero ayudas meritisimas a las artes, a la industria, a la beneficencia pública y al desenvolvimiento social de la medicina, la ingeniería y las letras.

No ha sido la nobleza de España una casta aparte, desentendida de problemas interesantes y urgentes de la Patria. Quién, ha dado su vida en campos de batalla; quién, ha dedicado su esfuerzo a la protección de las artes; quién, ha consagrado su vida a la caridad; quién, ha puesto su fortuna a disposición de grandes industrias urbanas o rústicas, dando siempre ejemplo de patriotismo y de actividad al servicio de la Nación.

Ejemplos a granel podríamos dar de este aserto, citando a unos pocos de los que no han titubeado jamás en demostrar que sus actividades han honrado y honran a sus apellidos de linaje esclarecido.

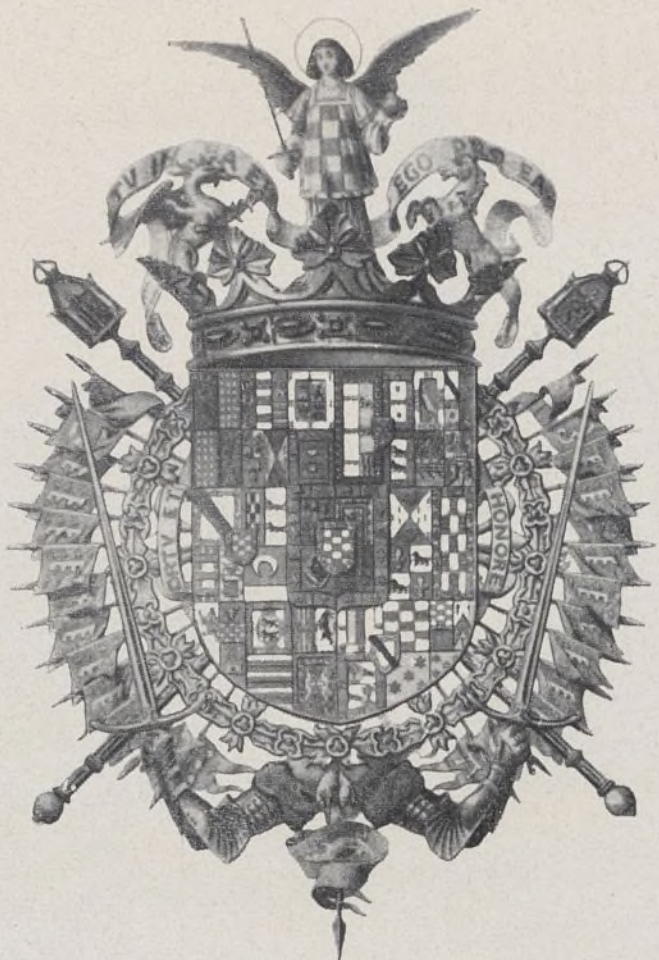
El actual duque de Alba es, acaso, el que más se interesa y el que más protege actividades nacionales, con un fervor y un entusiasmo admirables. Mecenas de las artes a estilo de su ilustre antecesor el conde de Lemos, a él se deben iniciativas de mérito en todo lo que se refiere a la cultura, por la que lucha con amor en bien del nombre de España. Buena prueba de ello son los altos cargos y dignidades sociales que le ha conferido la gratitud pública.

Actualmente es director de la Academia de la Historia, que a él debe el esplendor con que hoy vive. Pertenece, además, a las Academias de Bellas Artes de San Fernando, de la Lengua, de la de Quito, de la de Londres y de gran número de provincias. Es también, entre otros cargos, presidente del Instituto de Valencia de Don Juan, de Hispanic Society, de América; presidente del Comité de las Cuevas de Altamira, de los Bibliófilos Españoles, miembro del Patronato del Museo del

EL ACTUAL DUQUE DE FERNÁN-
NÚÑEZ EL DÍA DE SU BODA
CON LA SEÑORITA ANSORENA



Ayuntamiento de Madrid



EL DUQUE DE ALBA, ACOGIDO HOY AL CANDOR DE SU BELLA HIJITA, LA PEQUEÑA DUQUESA CAYETANA. (FOTO DUQUE)



LA BELLA DUQUESA DE ALBA, FALLECIDA, LUTO ETERNO DE SU ESPOSO, EL ACTUAL DUQUE DE ALBA

Prado, del Municipal de Madrid, de la Fundación Rockefeller, doctor "honoris causa" de las Universidades de Dublín y Oxford, ha sido ministro de Estado e Instrucción pública y es, sobre todo, el fundador benemérito del "Premio Cervantes", creado por él en memoria de su ilustre esposa, fallecida recientemente, y que alcanza la respetable suma de 125.000 pesetas.

El último gesto del duque ha sido, entre muchos ignorados del pueblo, de carácter benéfico, la construcción de un grupo de casas junto a su palacio. De esta edificación fué simpática madrina la hija heredera de este título nobilísimo.

Otro noble, sobradamente conocido de todos, es el conde de Romanones, que también tiene bien cimentado su prestigio por el trabajo, en mil actividades que le honran y le enaltecen.

Desde la altura de su fecunda vida aún tiene fuerzas y entusiasmos para continuar laborando, en privado y en público, por el bien de España. No tiene descanso el conde y sus jornadas de trabajo son, acaso, más largas que la de cualquier menestral de nuestros días.

Hablando con él y escuchando su eterno gracejo y su cordial manera de trato, que le ha distinguido siempre entre todos los políticos en sus relaciones sociales, nos ha dicho con un fervor de juventud espiritual y de optimismo sin decadencia: "Es para mí un orgullo hacer constar que sigo tan monárquico como el primer día y que la aristocracia española, desde la caída de la Monarquía, ha dado un altísimo ejemplo de patriotismo no abandonando el país, como ha hecho en otros países de Europa, donde ha habido cambios de régimen, continuando su labor de defensa de España y de sus ideales políticos. Yo, como todos, estoy en el mismo puesto que siempre, ¿cómo iba a hacer otra cosa?"

Desde la dictadura, dedicó parte de su tiempo a la literatura histórica, dando a la publicidad libros que, andando el tiempo, serán documentos vivos para futuras generaciones. Entre otros, recordamos:

EL CONDE DE ROMANONES, OCUPADO EN SUS LABORES, VIGILA ATENTO EL TRABAJO DE SU CIGARRAL, DE TOLEDO. (FOTO RODRÍGUEZ)



SONRISA COMPRENSIVA DEL CONDE, JUNTO A LA GRACIA INFANTIL DE UNA DE SUS NIETAS

"Las responsabilidades del antiguo régimen", "Ejército y política", dos tomos de "Memorias" y cinco tomos de "Vidas españolas", editadas por Espasa Calpe, sobre Sagasta, Salamanca, Espartero, María Cristina y Don Amadeo.

Otra fase interesante del conde de Romanones es la dirección de Academias y centros de cultura, por los que se desvela con entusiasmo. Preside la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y la de Ciencias Morales y políticas, perteneciendo a otras de Madrid y provincias. La única distracción que le sirve de derivativo material en sus grandes preocupaciones sociales es la cacería y su vida íntima de hogar, donde su autoridad patriarcal es el goce y la alegría de sus hijos, de sus dieciséis nietos y de sus dos bisnietos, incluyendo en esta actividad su gran placer por el campo, donde pasa largas horas ocupado personalmente de las labores de sus tierras, de Guadalajara, provincia que tanto debe a sus desvelos, durante toda su vida.

Los duques de la Victoria, que hoy viven apartados de sus antiguas actividades que culminaron en la fundación de la Gran Cruz Roja española, son, también, alto ejemplo de la laboriosidad de los nobles españoles que han vivido preocupados con importantes problemas nacionales, que nunca serán agradecidos bastante por el pueblo. Esta ilustre dama, que es la duquesa de la Victoria, ha consagrado gran parte de su vida y de su fortuna a la noble causa de la Cruz Roja española, colocando a esta institución en un grado de esplendor que, desgraciadamente, hoy ya no tiene. Aún viven en el recuerdo de muchos, a quienes interesaron muy directamente, aquellas campañas de Marruecos, en las que la duquesa fue ángel tutelar y misericordioso para muchos desvalidos. Hoy vive este matrimonio dedicado al cuidado de sus tierras y a la literatura, puesto que el duque lleva publicados varios libros interesantes, entre los cuales se encuentran "Los protocolos de los sabios de Sión", "Israel manda" y varios de asuntos militares, que han sido una de las actividades de su vida, juntamente con los treinta años de labrador amante de los problemas del campo.

El caso del duque del Infantado, que reúne bajo su techo tantos otros apellidos ilustres y de abolengo, es también digno de todo encomio. Toda su vida ha estado consagrada al desenvolvimiento industrial y a la dirección de empresas que, por sí solas, son garantía de bienestar de miles y miles de obreros. No es tampoco silenciable el otro aspecto de propulsor de las artes, en cuya actividad pueden hablar muchos artistas de España que a su munificencia y a su ayuda deben el sitio de honor de ostentación en sus categorías, protección que tan bien habla de este hombre inclinado, por selección y por dilecto gusto, hacia una de las actividades españolas más nobles y que han dado más brillo y fama a nuestro país, durante siglos.

El conde de Rodríguez San Pedro es otro caso que no se puede pasar en silencio sin pecar de injusticia. Este hombre, tan dado a las obras pías, es un infatigable trabajador, ya que tiene que atender a múltiples asuntos que absorben su tiempo de modo fecundo y eficaz. Ha sido presidente de la Acción Católica española y diputado; es consejero de Explosivos, del Sindicato exportador del Libro Español, de Librerías, de Ferrocarriles, de Frío Industrial y de varios cargos más que prueban su actividad y sus serias ocupaciones.

Tiene, además, otra obra de altura que no le será agradecida bastante por un sector español que de ella disfruta. Nos referimos a la Emisora "Radio España", y a la revista "Ellas", de las cuales es fundador y sostenedor, con una fe y un entusiasmo que le lleva a desembolsos de cuantía tales, que hay que pensar, por fuerza, en su elegante y romántico esfuerzo.

Pero sobre todas sus actividades se alza la de más valor social y moral, que muestra al hombre tal como es en su interior ético y cristiano: la de propulsor de obras benéficas y sociales, allí donde encuentra motivo para dar a los desvalidos sustento material y espiritual. Sostiene particularmente las Escuelas Católicas del barrio de Entrevías, en el Puente de Vallecas, dando su dinero y su protección de modo desinteresado y cordial, como cumple a quien aprendió que no debe saber la mano izquierda lo que hace la derecha. Su modestia es tanta y tan rígida en este extremo que, acaso, le duela esta proclamación pública de sus virtudes, que lo son y sinceras, demostrando que son ciertas las palabras que un noble me decía hace poco, hablando de este tema: "Se puede ser noble, pero lo interesante y lo importante es merecer serlo."

El joven duque de Fernán Núñez es uno de los aristócratas españoles que más dignamente llevan su ilustre apellido, con una actividad en su vida, merecedora de todo encomio. Fiel guardador de las nobles tradiciones de su familia, continúa con las mismas costumbres que sus antecesores; en lo que se refiere a aquella proverbial cordialidad que hizo tan famosa la próspera casa, cuando los abuelos y los padres del actual duque prodigaban su dinero y su influencia en favor de los pobres de los alrededores del palacio de la calle de Santa Isabel.

Desde 1929, el duque de Fernán Núñez, es consejero del Monte de Piedad de Madrid y de su Junta de gobierno, en cuyo cargo trabaja con entusiasmo y con inteligencia. Entre las actividades recientes, que hoy no tiene por razones de intimidad, están la de haber sido presidente de la Asociación Nacional de Olivareros, y vocal del primer Patronato de la Biblioteca Nacional.

LA DUQUESA DE MEDINACELI

Retrato por

F. Alvarez de Sotomayor

(FOTO V. MURO)

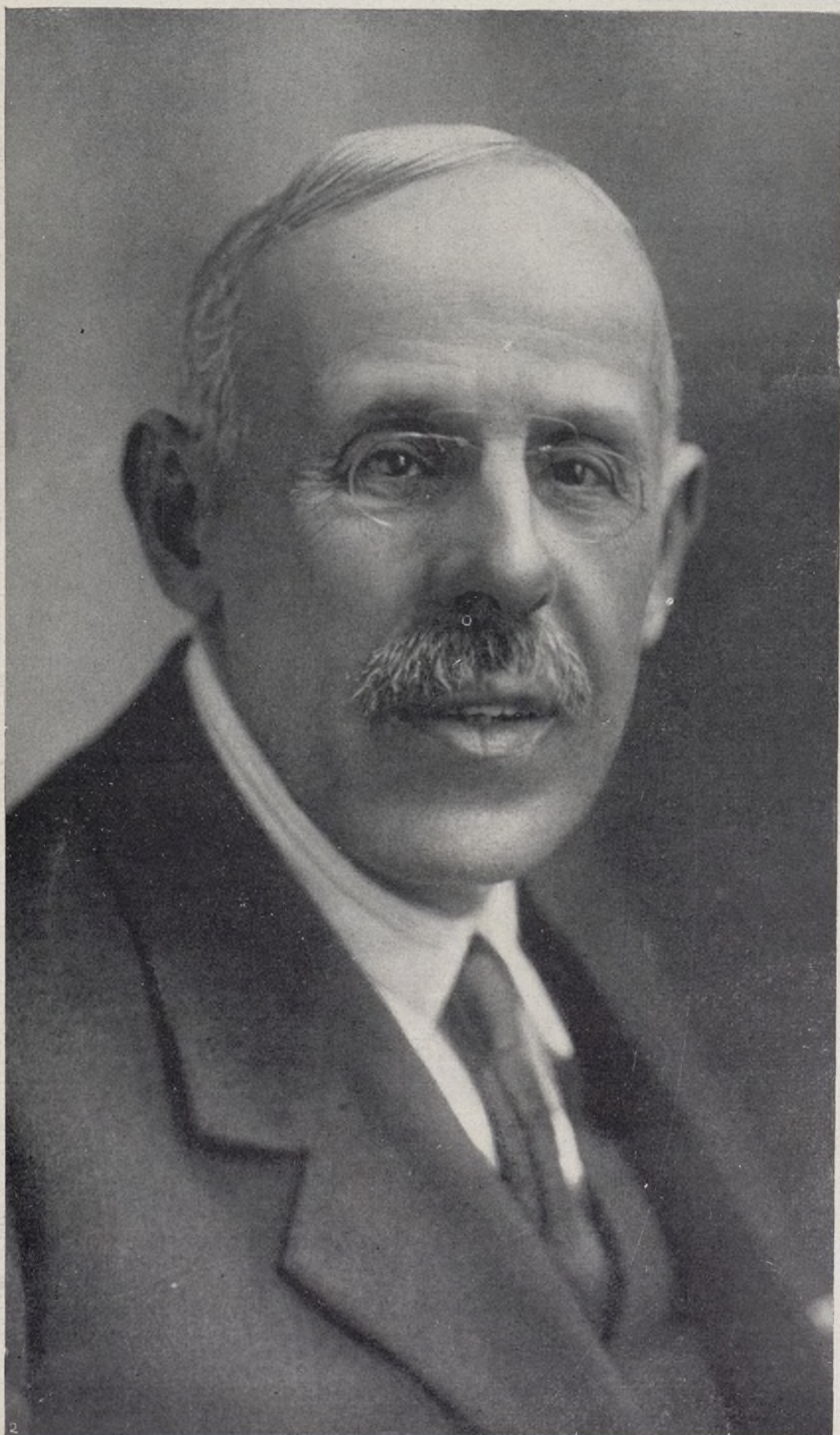


Ayuntamiento de Madrid

LA BENEMÉRITA DUCESA DE LA VICTORIA CON EL PIADOSO TRAJE DE LA CRUZ ROJA, QUE ELLA FUNDÓ EN ESPAÑA



EL MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS, VETERANO PERIODISTA. DIRECTOR DE "LA ÉPOCA"



Actualmente es vicepresidente de un Sindicato corchero que acaba de formarse, y atiende con celo y personalmente a sus labores rústicas y a todos los estudios que se relacionan con la cuestión agraria y la economía agrícola, aportando con su esfuerzo un motivo para despertar entre los aristócratas de España el amor al campo, virtud que tanto bien puede reportar a la agricultura nacional.

Aun le queda tiempo para trabajar en la redacción, de unos libros que en breve piensa dar a la publicidad. Así ocupa sus horas al margen casi de distracciones favoritas, el descendiente de una de las más nobles casas de nuestra aristocracia.

Otro aristócrata en quien concurren las condiciones del aserto anterior, es el inquieto y luchador marqués de Valdeiglesias que, hace sesenta años, viene laborando, hora a hora y minuto a minuto, de modo incansable y entusiasta, al frente del diario "La Época". Este hombre ejemplar, en lo que se refiere a sus años de actividad y de trabajo, ha consagrado su vida al periodismo con unas energías tales que son un verdadero asombro en esta clase privilegiada de la sociedad. El amor a su profesión le ha restado tiempo para todo lo que no fueran los mil problemas que se presentan en todo momento sobre la mesa de una redacción, a tal punto, que este hombre que pudo ser ingeniero, o diplomático, o ministro, o simplemente disfrutador de la vida, ha consagrado ésta al trabajo fatigoso, ingrato y anónimo del periodismo, con una inquietud y una euforia tan admirables, que es digno de toda suerte de encomios.

Mil casos parecidos a los enumerados podríamos presentar a nuestros lectores. Basta con los citados. Por justicia y por amor a la verdad es preciso dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. En este momento hay que pregonar muy alto que esta clase aristocrática de la nación, tan vejada y tan llevada en boca de ignorantes o de mal intencionados, labora y cumple sus fines sociales como cualquiera de los buenos ciudadanos de España. La reflexión y la cordura pueden acabar con los errores lamentables que subsisten por encono y por maldad.

José PRADOS LOPEZ

*la marquesa
de Paula*

hija de los
duques del
Infantado



Retrato por Soria Aedo

REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN

Ayuntamiento de Madrid

La maravillosa vida de la aristocracia francesa



PRINCESA DE FANCIGNY-LUCINGE

ES BLANCO Y NEGRO una revista magnífica a la que me unen lazos ya muy antiguos. Me doy cuenta de sus esfuerzos, siempre coronados por el éxito; advierto hasta qué punto se adhiere a la ruta que se ha trazado, sin ocuparse jamás de beber en fuente ajena sus inspiraciones, cualidad que hace inconfundible el sello de su personalidad. Yo no sé si habrá dado pruebas mejores que la de pedirme ahora a mí, de rancio abolengo republicano —cuando todavía no había República en Francia—, de componer para sus páginas un estudio sobre la aristocracia francesa. BLANCO Y NEGRO me ha llamado, y he aquí la crónica.

La aristocracia francesa es, ante todo, una gran familia, y lo que es más raro todavía, una familia cuyos miembros se comprenden y se entienden a la perfección aunque persigan fines muy diferentes. Indudablemente, los niños reciben una educación impregnada de cariño, que no es ajena a una cierta severidad de la que jamás se separan la regla y la obediencia. Más que en ninguna otra clase de la sociedad, los profesores tienen la misión de descubrir en el cerebro que les ha sido confiado, las tendencias, las cualidades, las aspiraciones de sus pequeños alumnos.

La bondad es también característica sobresaliente de nuestra aristocracia. Siempre que un grupo de corazones generosos organiza alguna fiesta magnífica en beneficio de las obras más lasimieras, o con el pensamiento puesto en alivio de las familias numerosas, a la cabeza de ese grupo la aristocracia tiene un puesto de honor; y lo ocupa con una fe y una generosidad sin iguales, solicitando los concursos más preciosos, haciendo llamamiento a las personalidades más eminentes, y como nada puede negársele consigue siempre composiciones de programa de una gran homogeneidad y brillantez.

Durante la guerra que nos desquartizó, todas las mujeres vistieron el traje blanco de enfermeras para realizar con la mayor naturalidad del mundo actos del heroísmo más puro. Y entre esas francesas, es grato comprobar que en el frente, en la retaguardia, en todos los sitios, las familias más nobles tenían sus representantes; ¡cuántas vemos hoy día luciendo en su pecho las insignias de la Legión de Honor! El lujo y la elegancia de París, tan duramente afectados por las circunstancias que atravesamos, encuentran entre las damas de la nobleza uno de los mejores sostenes. Las tradiciones de buen gusto, de buen tono, transmitense aquí de generación en generación. La descendiente de una abuela ilustre, reputada por la esplendidez de sus "toilettes", tendrá a gran honor el prestar la mejor atención al refinamiento de las suyas. El deporte, que siempre atrajo a la nobleza, sigue siendo para ésta una de las distracciones favoritas; en resumidas cuentas, puede decirse que no hay rama de la actividad, cualquiera que sea, en la que la aristocracia no se interese. En verdad, con estos rasgos rápidos y generales, creo haber descubierto un poco el alma de esa inmensa familia que responde por el nombre: La Aristocracia Francesa.

He aquí a la duquesa de la Rochefoucauld, joven, bonita y feliz, que, como tantas otras lo hacen, hubiera podido vivir exclusivamente para los placeres mundanos rodeada de su felicidad. Sin embargo, se ha dedicado en cuerpo y alma a la política y a la defensa de los derechos de la mujer. En las salas populares habla y es religiosamente escuchada, porque su ardor y su talento de orador son tan fuertes, tan convincentes, que se apoyan sobre una ciencia del derecho lógica e incontrovertible. Su palabra tiene tonos cálidos, su voz es armoniosa, sus gestos so-

brios, pero perfectos. El día en que las francesas tengan, por fin, derecho a elegir y a ser elegidas, gran parte de esa prerrogativa se la deberán a la duquesa de la Rochefoucauld.

Con la princesa de Faucigny-Lucinge entramos en otro cuadro, el cuadro del deporte. La pasión por los caballos ha llevado a esta gran dama a poseer una cuadra de carreras; ella misma vigila los "lads", los "box", los "jockeys"; sigue el progreso de sus favoritos, a los que no presenta en la pista en tanto que no los considera capaces de llevarse el premio.

Y ahora penetremos en el templo de la elegancia, en donde acaba de darse "rendez-vous" la flor de la aristocracia francesa, con motivo de la boda de Mlle. de Nicolay con el conde de Lévis-Mirepoix. La concurrencia toda desplegaba el lujo más suntuoso y de mejor gusto. La riqueza del aderezo de la novia era una verdadera maravilla; la cola inmensa, de encaje de Inglaterra, era un bien de familia transmitido de generación en generación, así como la magnífica diadema de diamantes que, parecida a la de una Reina, coronaba aquella joven belleza. En los salones de la muy guapa y muy fina marquesa de Crussol se reúnen, se mezclan y se confunden los partidos políticos más opuestos. Las opiniones se encuentran a veces con una animación tan viva, que la dueña de la casa debe, con un tacto perfecto, recordar a unos y a otros el lugar en donde se encuentran.

Desde que una desgracia terrible la privó del compañero de su vida, la hermosa duquesa de Montpensier se dedica única y exclusivamente a las obras de caridad. Ella misma lleva el socorro a las familias necesitadas y prodiga sus cuidados a los niños y a los enfermos. Su dolor no encuentra calmante más que en estos actos de bondad. Ayúdala en la labor la hermana del duque de Montpensier y la Reina Amelia de Portugal, nacida princesa de Francia.

En los salones del Palacio Jorge V, el duque y la duquesa de Decazes acaban de organizar, de cuatro a ocho, una deliciosa fiesta, cuyo programa fué un tríptico: deporte, baile y elegancia, y para cada uno de ellos, un concurso. Las damas de la nobleza se presentaban con sus perros, otras desfilaban entre las mesas del té con las últimas creaciones de modistos y peleteros, y por fin una orquesta magnífica ponía en rivalidad a los mejores bailarines, mientras que, en el "bar", el conde de Ganay recibía a los jugadores internacionales de polo.

Así, en esta atmósfera de belleza y de caridad, se desenvuelve la vida maravillosa de la aristocracia francesa.

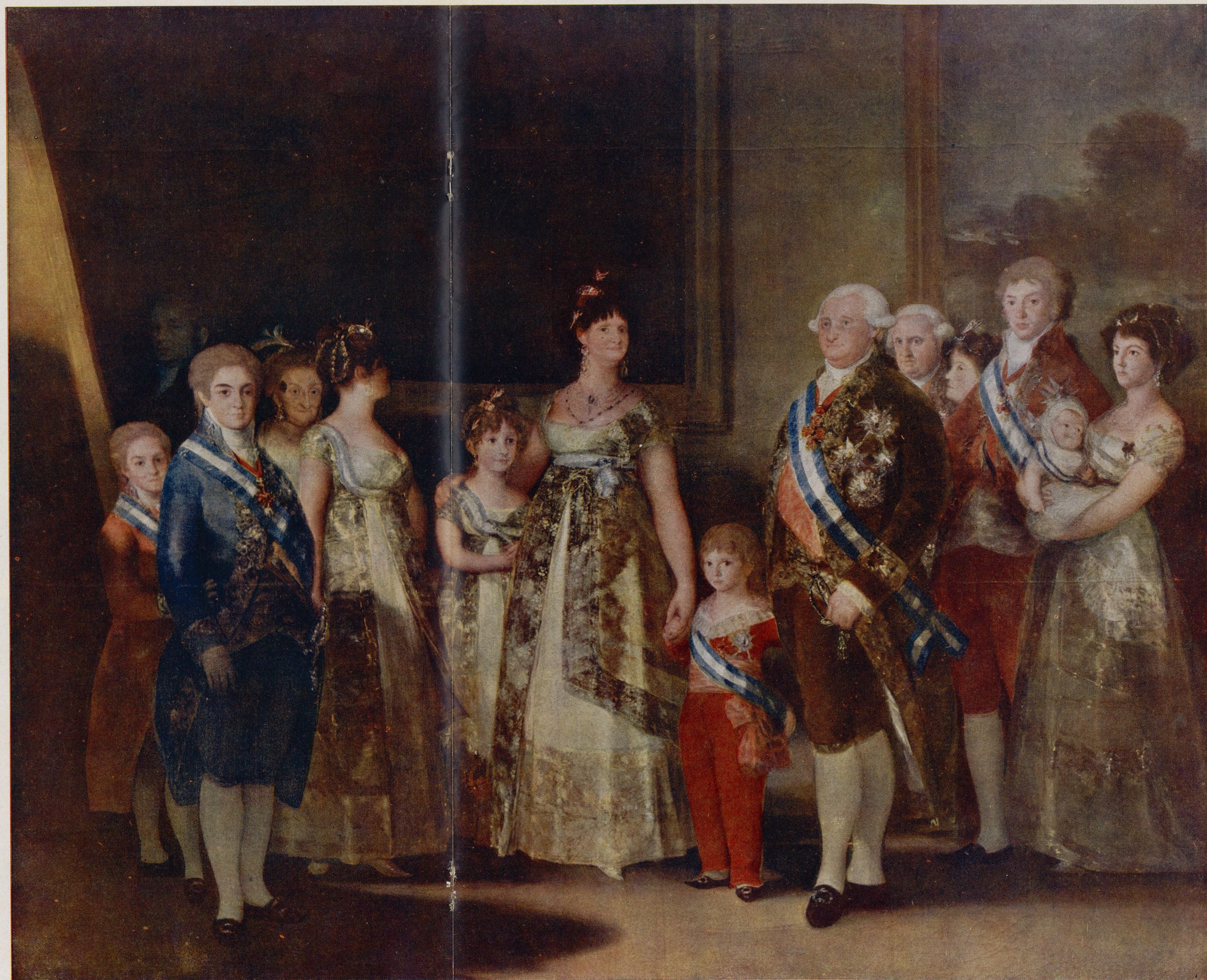
TERESA CLEMENCEAU



LA CONDESA DE CHAMPY Y LA BARONESA DE BOUDOIS PRESENTANDO SUS PERROS A UN CONCURSO CANINO

LA PRINCESA DE POLIGNAC (A LA DERECHA) ESTUDIANDO MÚSICA CON NADIA BORLANGER, SU PROFESORA

La familia
de Carlos IV
por Goya



Ayuntamiento de Madrid

DEL MUSEO DEL PRADO. (REPRODUCCIÓN DEL PROF. MUG. NORMAN)

La aristocracia de Polonia

ARISTOCRACIA de Polonia, ¿dónde hallar la potente, influyente, dueña de vidas y haciendas, cual en tiempos pasados?

En política, en la vida social sólo un par de sus miembros ponen sus nombres en el edificio del Estado reconstruido, pero cerrados sus palacios de la capital, alquilados otros a los diplomáticos extranjeros, esa clase brillante que en otras capitales da realce a fiestas y espectáculos, no se ve en los de Varsovia. En alguna gala oficial un príncipe o un conde de abolengo se distingue entre la multitud burocrática y demócrata de la República, pero el tono de ella no corresponde—y esto es justo—a las costumbres y a las tradiciones arcaicamente nobiliarias de Polonia. De las casas más preclaras, existen hasta hoy los Radziwili, Potocki, Zamoyski, Lubomirski, Czartoryski, además de muchas otras, menos poderosas. Las citadas han emparentado con dinastías reinantes de Europa, los Zamoyski y los Czartoryski con los Borbones de Sicilia, y los Radziwili con los Hohenzollern y con los Habsburgo. Ya en el siglo XVI el gran canciller del Reino, Juan Zamoyski, celebró sus bodas con la sobrina del Rey Stefan Batory.

Todas estas familias han fomentado durante siglos la cultura de Polonia, creando bibliotecas y museos que hasta el día de hoy son tesoros del genio nacional.

Los descendientes de esas casas, que han escrito páginas gloriosas de la historia de Europa, ¿cómo han vivido durante los ciento cincuenta años de desmembración de su país y cómo viven ahora?

Entonces, apartados de sus señorios majestuosos, rehuyendo la relación con los gobernantes invasores, y conservando en sucesivas generaciones el espíritu de su fe y de su patria. De la extensión de esos señorios y de sus rentas en el pasado, da idea el del conde Mauricio Zamoyski, cuyo mayorazgo tenía de extensión ¡175.000 hectáreas! Y hoy, la encantadora condesa, madre de diez hijos, me decía de su existencia en Klinecsik, sin fiestas, sin lujos, ocupándose, cual muchas otras damas ilustres, en las escuelas creadas por ellas, y de las rentas de los jardines, con las que sostienen sus buenas obras. Y añadía con maliciosa sonrisa: “Los deportes para los chicos, por ser diversiones económicas, y las cacerías distraen nuestra vida familiar”. El mayorazgo conde Mauricio Zamoyski, que tan relevante actuación tuvo en el Comité nacional polaco en los años de la gran guerra y miembro de la delegación polaca en la conferencia de la Paz, luego ministro de Estado, continúa ocupándose de instituciones de cultura fundadas por sus antepasados. Las frecuentes bodas renuevan los gustos de la opulencia, y entre Año Nuevo y la Cuaresma—que es aquí el período denominado de Carnaval—se dan algunos bailes exquisitos privados o para fines benéficos.

Sobresalen en la sociedad por su intelectualidad algunas damas cultivadoras de la historia y de las artes, entre ellas la sutil condesa Marta Krasinska, propietaria del precioso palacete Krolakarnia, capricho del último Rey de Polonia, y la condesa Rosa Raczyńska, nuera del gran poeta Krasinski, cuyas cartas de amor ha dado a la estampa recientemente esta preclara dama.

El castillo de Gutuchov pertenece a Adam Czartoryski, jefe de la línea, y es uno de los más hermosos de Polonia. De esas estancias regias salió la frágil y dulce Margarita, para unirse a don Jenaro de Borbón, del que fué poco tiempo esposa, muriendo al dar la vida al hijo. Y en esa otra casona modesta, también, de la región de Poznan, existe feliz con su marido, el Príncipe Olgiarel Czartoryski, la archiduquesa de Austria, sobrina de la inolvidable Reina María Cristina.



LOS CONDES POTOCKI Y PRZEZDZIECKI Y EL PRÍNCIPE SAPIECHA EN LA CAZA DEL LOBO, DEPORTE FAVORITO DE POLONIA



EL CASTILLO DE LAUCEET, RESIDENCIA DEL CONDE POTOCKI



EL CONDE MAURICIO ZAMOYSKI EN UN DESCANSO DE LA CAZA

El exclusivismo de casta, característico de todas las aristocracias, es extraordinario en Polonia, lo que no ayuda a disminuir sus defectos antiguos, y los adquiridos después.

Las mujeres, que en Polonia tienen más carácter y más resistencia moral que los hombres, se consagran con preferencia a la agricultura y la jardinería especialmente.

Cada señor polaco, por grande que sea, entiende de agronomía y muchos vigilan personalmente a sus administradores. Ellas, las esposas e hijas, cuidan las industrias campestres que han creado, y económicas, perseverantes en el trabajo, agrónomas, agrandan con las pequeñas rentas, el presupuesto familiar, que les permite, aun en estos difíciles tiempos, los viajes al Mediodía, de invierno en busca del sol, y las curas de aquellos lugares, donde se encontraban afortunados monarcas europeos.

El adagio español "No hay mal que por bien no venga" ha echado florecitas del bien en las altas regiones de la aristocracia polaca, y la plaga social del divorcio las ha contaminado sucesivamente. Saben las mujeres, educadas en la tradición y en la dignidad del matrimonio católico, que es a los hijos, es a la familia, a quien se deben los mayores sacrificios. Que si los maridos mariposones en todas partes, se desvían, se alejan, han de volver al hogar, donde la esposa, como las españolas castizas, reza y espera la vuelta del infiel.

La existencia en Polonia es muy difícil, lo mismo para el aldeano que para los nobles terratenientes (szlachta) y los alcorniados señores. Una onda de nivelación económica corta las distancias entre la vida de los privilegiados de la fortuna y los semiervos aldeanos. Ni unos ni otros están tranquilos ni contentos de su suerte; sin embargo, en esta transformación profunda de la riqueza se forman los caracteres fuertes, dignos de la Polonia que ha reconquistado su independencia.

SOFIA CASANOVA

Varsovia, 1935.

Ayuntamiento de Madrid



REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN

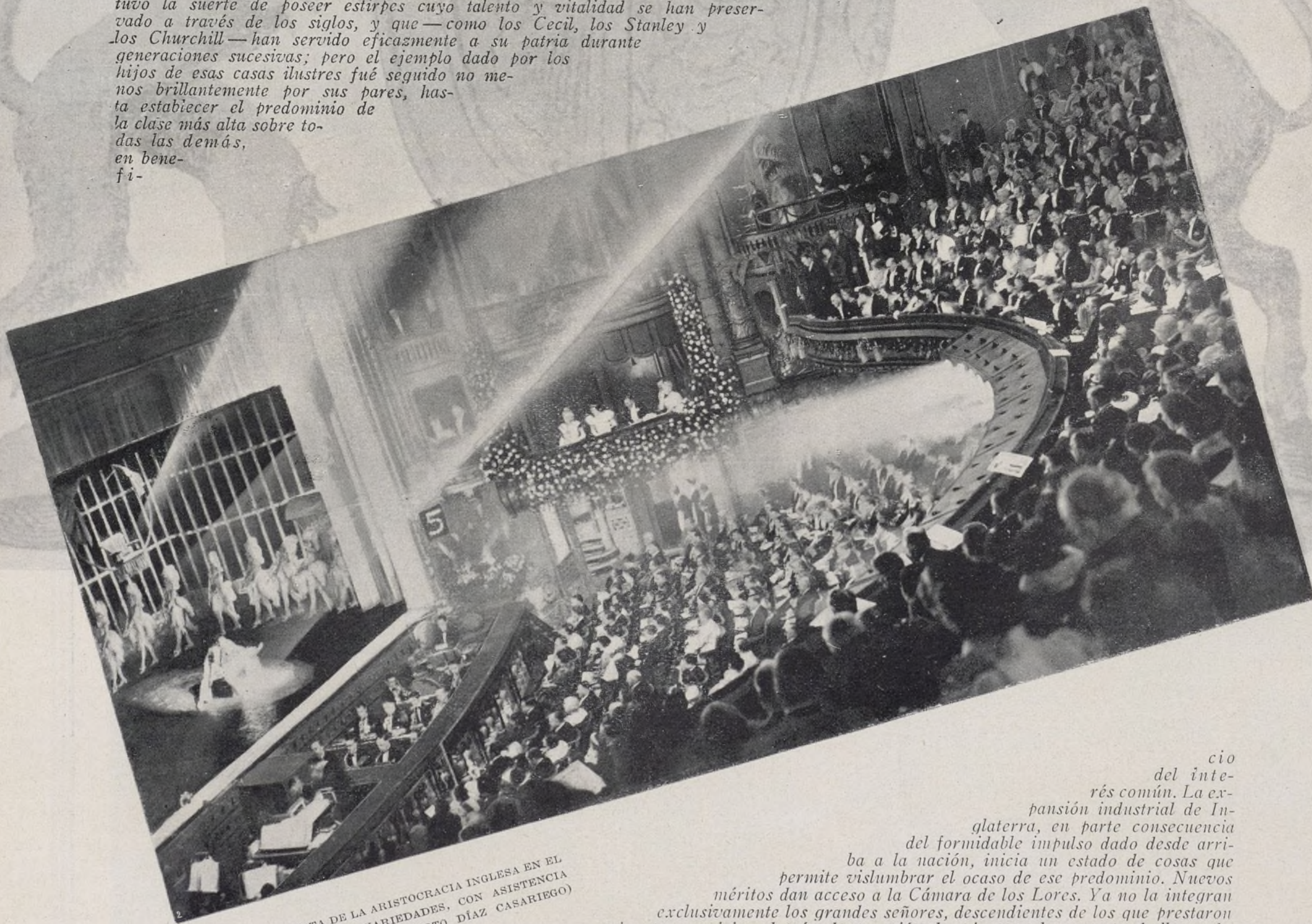
La marquesa de Cayo
del Rey y sus hijos.

Quadro de Moreno Carbonero

Ayuntamiento de Madrid

La aristocracia en Inglaterra

La mayor gloria de la aristocracia inglesa y el mejor título para su orgullo de clase es el papel que ha desempeñado en los asuntos públicos durante una época coincidente con el poderío y desarrollo imperial de la Gran Bretaña. Ese período, que—huelga decirlo—comprende el siglo XIX y los comienzos del presente, fué grande precisamente porque en él predominó la influencia de la clase más capacitada para dirigir los destinos nacionales. No en vano eran sinónimos entonces los términos aristocracia y "ruling classes"—clases directoras—; pues es en ese tiempo cuando las personalidades de más arraigo en la nación, las más ilustradas y competentes, las de mayor conciencia de sus responsabilidades, los aristócratas, en el sentido exacto de la palabra, se sitúan en los puestos de mando, y haciendo gala de una ciencia política heredada de sus abuelos y nutrida en las tradiciones de la raza, conducen a Inglaterra hacia cumbres insospechadas de esplendor. Ciertamente el Reino Unido tuvo la suerte de poseer estirpes cuyo talento y vitalidad se han preservado a través de los siglos, y que—como los Cecil, los Stanley y los Churchill—han servido eficazmente a su patria durante generaciones sucesivas; pero el ejemplo dado por los hijos de esas casas ilustres fué seguido no menos brillantemente por sus pares, hasta establecer el predominio de la clase más alta sobre todas las demás, en beneficio—



UNA FIESTA DE LA ARISTOCRACIA INGLESA EN EL PALACIO DE LAS VARIEDADES, CON ASISTENCIA DE LA REAL FAMILIA. (FOTO DÍAZ CASARIEGO)

del interés común. La expansión industrial de Inglaterra, en parte consecuencia del formidable impulso dado desde arriba a la nación, inicia un estado de cosas que permite vislumbrar el ocaso de ese predominio. Nuevos méritos dan acceso a la Cámara de los Lores. Ya no la integran exclusivamente los grandes señores, descendientes de los que prestaron eminentes servicios al país; la posesión de minas en las cuencas hulleras, la fabricación de cerveza al por mayor, las victorias en el campo de la política, van aumentando el número de Pares del Reino y disminuyendo la proporción de los que lucen un abolengo ilustre. Las palabras "ruling classes" pierden su valor al abrirse la brecha en una de las instituciones fundamentales del país...

También pasan a otras manos las casas de los nobles, los castillos, las viejas mansiones. El dinero ennoblece a los magnates industriales; los impuestos medio arruinan a los próceres y reducen su influencia. No se debió el cambio a la desidia, ni mucho menos a la traición de la propia causa; fué, sobre todo, un efecto de la política fiscal seguida por los liberales, indiferentes a la tradición y convencidos de que las consecuencias de diezmar la fortuna de un gran señor quedaban compensadas mediante la concesión de un par de títulos a un par de reyes de la industria.

Se comprende que fuera difícil a los nobles ingleses conservar indefinidamente su nivel de vida, sus mansiones y viejos castillos, y lo asombroso es que haya tantos que sigan viviendo aún como sus abuelos. En ningún país de Europa, en ninguna época de la Historia, se ha llegado al lujo conocido por los nobles de Inglaterra entre Waterloo y la Guerra Europea. Ni los mismos ingleses tienen idea—excepción hecha, naturalmente, de las clases elevadas—de cómo viven o vivieron sus señores. No es sólo la magnificencia de las mansiones campestres pertenecientes a las grandes familias, de grandes castillos, como Blenheim,

Hatfield o Alnwyck, sino todo el tren de vida, las legiones de sirvientes, las cocheras, antes, los automóviles, después; los caballos de carreras, siempre que ha sido posible; las alhajas fantásticas, deslumbrantes; los huéspedes numerosos, recibidos de un modo espléndido; los yates, las cacerías, los viajes y las fiestas.

Esas reuniones de fin de semana, celebradas también con ocasión de algún gran acontecimiento deportivo o de las temporadas de vacaciones, en casi todas las grandes residencias de Inglaterra tenían hasta hace poco el carácter de verdaderas ceremonias, y esto no solamente porque el frac en las comidas fuese de rigor para los hombres y las damas luciesen un vestido distinto cada noche. Lo eran por el rito que las acompañaba, tan de rigor en los salones como en las dependencias de la casa y entre la servidumbre, dividida igualmente, según su importancia, desde el mayordomo y el ama de llaves hasta el último pinche, en esas categorías a que tan aficionados son los ingleses. Quien quiera tener una noción exacta de esto debe leer "The Edwardians", excelente libro, original de Victoria Sackville-West, que por pertenecer a una gran familia inglesa puede escribir autorizadamente sobre un asunto nada sencillo.

No era raro, por ejemplo—y ahora hablo yo por experiencia propia—, que en muchas mansiones campestres, casi siempre distinguidas por el nombre genérico de "Hall", "Manor", "Towers" o "Castle", se reuniesen cada "week-end" 25 o 30 individuos, o más, a cada uno de los cuales se le señalaba su dormitorio, su cuarto de vestir y su baño particular. Que esto siga siendo posible, en tiempos de impuestos fabulosos, demuestra a dónde llega la potencia económica de los anfitriones. Un amigo mío, dueño de una casa situada en cierto condado del centro de Inglaterra, ha regalado bicicletas a su servidumbre, con encargo de que las utilicen para ir por los pasillos desde un extremo a otro del sótano, pues dada la distancia, el paseo a pie resulta cansado.

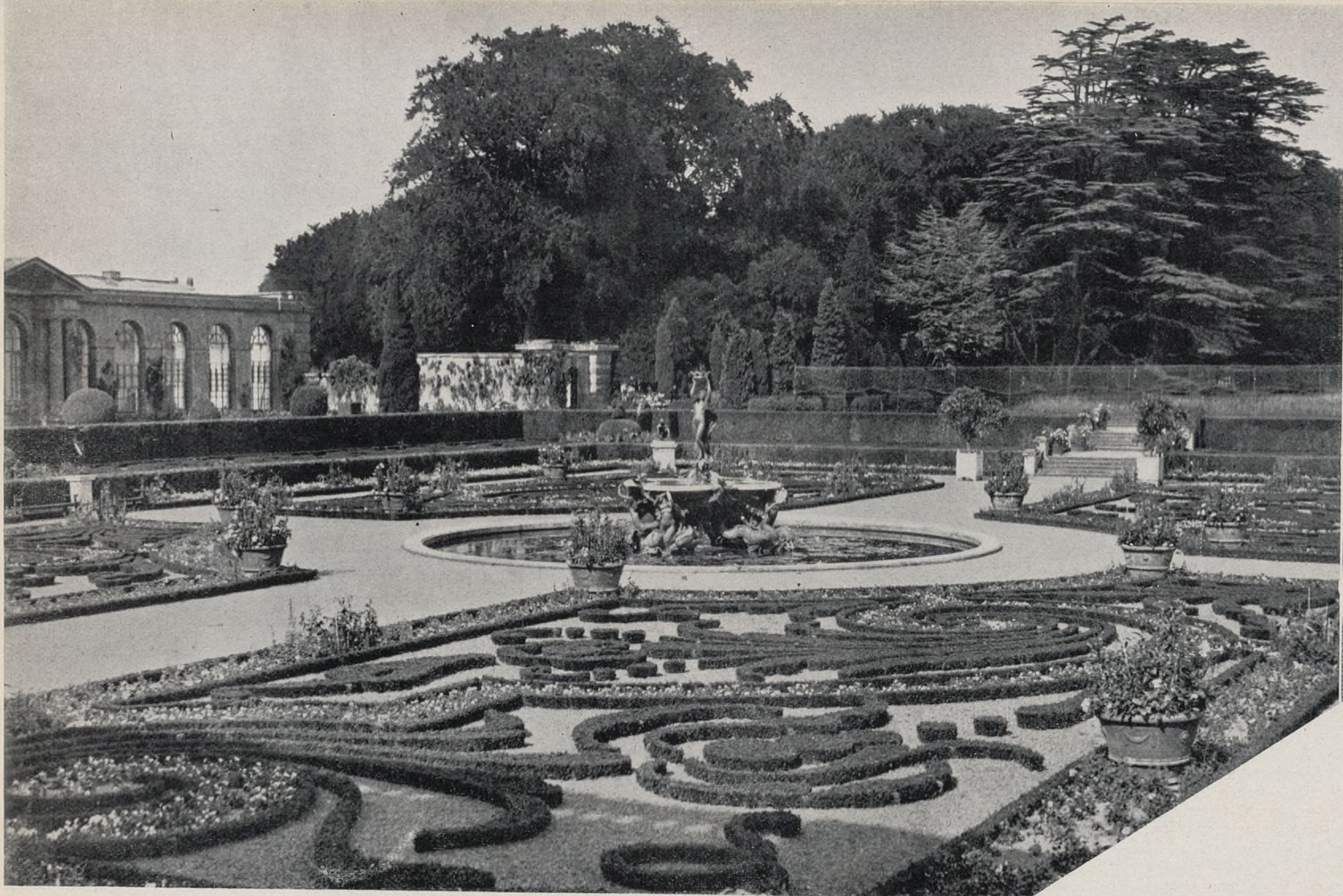
No es por azar que la aristocracia inglesa sitúa en el campo su vivienda principal, su casa solariega, la propiedad cuyo nombre está incorporada a su título; y aunque las familias principales suelen tener, por lo menos, dos residencias, una en el campo y otra en Londres, la regla general es que la segunda sea inferior, e incluso que ni siquiera dé idea, por su relativa modestia, de la magnificencia de la otra.

En primer lugar, el inglés tiene el buen gusto de relacionar su nobleza con la tierra, con el solar que vió nacer a sus antecesores, y una de las bases más firmes de la aristocracia británica es precisamente esta supremacía de su vinculación con el terruño, comparada al cual el brillo de su vida en Londres, su influencia en la corte o la metrópoli, es secundaria y accesorio. Pero, además, el inglés se va al campo porque le gusta; puesto a elegir entre la corte y el cortijo, prefiere el segundo en la mayoría de los casos. Su amor a los caballos, a la vida al aire libre, a los perros y a todos los animales; su pasión por la caza del zorro—sentimientos estos que existen por igual en el hombre y en la mujer—le llevan casi siempre al viejo solar, al trato con las amistades de la comarca; a la acentuación del insularismo, por ende, si bien con ello se fortalecen rasgos, virtudes y defectos nacionales. En realidad, la presencia de un prócer inglés en Londres—a menos que ocupe un cargo público, o asista a las sesiones de la Cámara de los Lores, o presente a una hija en Palacio—es una cosa accidental; su sitio es el campo, por deber y por elección, y en su sitio suele estar.

El noble inglés va a Londres para rendir homenaje a su Rey y señor, para cumplir sus deberes públicos en el Parlamento o en la dirección de los asuntos de Estado, o para obsequiar a las damas de su familia, que—como él, en el fondo—tienen en alta estima una temporada de teatros, bailes, restaurantes y

UNO DE LOS CASTILLOS INGLESES DE TAN TÍPICA TRAZA, QUE PERTENECE AL CONDADO DE OXFORDSHIRE





EL JARDÍN ITALIANO DE LA RESIDENCIA REAL DE BLENHEIM

tiendas. Si hay hijas casaderas, conviene presentarlas en sociedad para que encuentren esposo, negocio este que indefectiblemente ha de ser precedido por la presentación en la corte, ante Sus Majestades.

Pero la época de los grandes bailes, aun durante la temporada primaveral, ha pasado también en Inglaterra. Harto se hace con sostener, cuando es posible, la residencia campestre; son ya muy pocos los que pueden costear además una gran casa en Londres, dotada de numerosa servidumbre, y mucho menos celebrar en ellas esas fiestas fantásticas de los primeros años del siglo y los que siguieron a la guerra, en las que asistían 400 o 500 invitados, si no más, corría el "champagne" como agua, la cena era una sucesión de platos exóticos, dignos de un cuento de hadas, y tan sólo las flores que adornaban las piezas valían una fortuna y deslumbraban por su profusión y su belleza. Lo más notable—y no tengo que acudir al testimonio de otros para saberlo—es que cada noche había tres, o cuatro, o diez, o doce de estas fiestas en Londres, y esta duraba varios meses, toda la primavera. Hoy las cosas han cambiado; no hay fortunas que resistan tales gastos, pagando además los impuestos al Tesoro, y aunque las fiestas que se siguen celebrando llamarían la atención en cualquier otra capital, son contadas las que dan que hablar en Londres, y hasta contadas las que se celebran, comparadas con las que se celebraban antes.

La nobleza británica ha sido siempre impulsora decidida de las artes. La fama del renacimiento fué lo que llevó primero a Italia a los hijos de los próceres ingleses, y una visita al país del arte era complemento forzoso en el siglo XVIII, de la educación esmerada de un joven de buena casa. Estas excursiones repercutieron en la arquitectura—el arte que más alta expresión ha tenido en Inglaterra a través de los siglos—y explica la semejanza existente entre no pocos palacios de Londres—desaparecidos ya en muchos casos, por desgracia—y los de estilo renacentista que se alzan sobre los canales venecianos. También sirvieron para despertar el gusto de los nobles hacia la pintura, la música y otras bellas artes, gusto que se ha conservado hasta nuestros días y del cual es prueba la protección que prestan a los artistas los miembros de la aristocracia británica, mediante la compra de cuadros, la asistencia a las Exposiciones, la celebración de conciertos en los salones de sus casas y otras muestras de discernimiento y sensibilidad.

La aristocracia inglesa conserva sus privilegios y su orgullo de clase, y tiene méritos sobrados para gozar del respeto de la nación. De su acendrado y magnífico patriotismo dió pruebas definitivas en la guerra, acudiendo en masa para alistarse en el Ejército o la Marina y morir en defensa del país. Fueron los nobles ingleses los primeros en dar el ejemplo, y en ofrecer su sangre. Les inspiraba, a la vez que el amor a la Patria, el amor a las instituciones, el amor a la Monarquía, la lealtad a la persona del Rey. Por defender a la Corona darían sus vidas con la misma voluntad inquebrantable que las han dado siempre por la nación. Es significativo y edificante que muchas de las más nobles familias de Inglaterra hayan conservado su fe católica a través de las terribles vicisitudes que nuestra religión ha sufrido en el país, y la veneración a la Iglesia de los próceres ingleses católicos, y su fidelidad a los principios cristianos, constituyen una de las esperanzas más alentadoras de los tiempos presentes.

LUIS ANTONIO BOLIN

EL DEPORTE FAVORITO DE LOS INGLESES. UN ALTO EN LA CACERÍA JUNTO AL MONUMENTO DE COOPER HORSE. (FOTO DE LAZARUS)



La Rusia blanca bajo el Cielo de Lutecia

Cómo viven en París
los súbditos del Zar

CON sus pómulos agudos, con sus labios voluntariosos, con sus pupilas de bronce sombrío o de caliente azul, con su acento meloso y cantante, en fin, con su fisonomía de ángel o de diablo, de mártir o de fiera, la emigración rusa ha prendido en el alma encantadora de Lutecia la sugestión del Asia feudal, amarilla y milenaria. Es otro París, insinuado en el París de Francia, esto es, en el París de los ingleses y los americanos. Es una legión de sesenta, de ochenta mil extranjeros que trasueña en las bohardillas y en las aceras, en los bulevares y en los suburbios, tras el volante de un "taxi" o tras el mostrador de un bazar exótico, la nostalgia muda de un Paraíso perdido.

¿Cuántos son en Francia los antiguos súbditos del Zar predestinado y melancólico? Según una estadística del difundo explorador Nansen, unos cuatrocientos mil. Otros informes, más concienzudos, bien que posteriores, los cifran en doscientos cincuenta mil. Según la Cruz Roja, son doscientos mil. En todo caso, el censo elaborado por la Prefectura de Policía menciona solamente una centena de millar, más de la mitad domiciliada en París y su extrarradio. Príncipes y títulos nobiliarios, profesores y hombres de letras, burocratas y militares, comerciantes y labradores, cosacos y domésticos constituyen una población diseminada, esparcida, derramada de Norte a Sur y de Este a Oeste, viviendo casi siempre de un trabajo rudo y poseída por un doble imperativo, que es el pro y el contra de su personalidad, su razón de ser legítima y la razón potencial, acaso, de un eclipse paulatino: la fidelidad a la patria cósmica, filarmónica y desolada: idioma, costumbres, tradiciones, religión; y el odio a la oligarquía roja, tiránica y usurpadora. Estos miles y miles de naufragos son algo más que una colonia extranjera. Son una sociedad exótica, pero rítmica y vertebrada, con sus rangos, sus jerarquías, incluso con sus ocios y su cocina peculiares. La "balalaika" trae hasta el destierro resonancias de la estepa rumorosa, y el té hervido en el samovar evoca sabor de besos. ¿Sabéis que los cosacos han instalado un Museo, ya famoso, en Asnières? ¿Sabéis que los improvisados "chauffeurs" a jornal frenan, no importa la hora ni el sitio, si advierten el paso del general Miller? Se trata—tenga o no tenga prisa el cliente—del saludo reglamentario al jefe de los antiguos soldados imperiales, que no renuncian a la ilusión de hundir con las armas el régimen soviético. ¿Sabéis que existen en París tres templos consagrados al culto ortodoxo, y que en esa o aquella localidad oscura de Francia, donde la colonia rusa es miserable y exigua, arde, en el fondo sombrío de un "garage", sobre el icono resplandeciente y bizantino, una lámpara de aceite? La mayoría permanece, en efecto, fiel a la religión cismática. Pocos se abrazaron a la Iglesia, y menos, muchos menos, son los que se convirtieron al protestantismo. Muchos son conductores de "taxi". Otros, electricistas, o zapateros, o intérpretes de hotel. Algunos, músicos, dibujantes, artistas de "ballet" o de "music-hall".

En la vanguardia del éxodo pungente e innumerable, el arca imperial busca también las orillas de la dulce Francia. La familia de los Romanoff—hermanos, primos, tíos del Emperador—se refugió, después de la revolución, allí donde los Reyes sin corona suelen recibir un homenaje más expresivo y, sobre todo, más desinteresado que cualquier Monarca en viaje de protocolo. Mas ni príncipes ni grandes duques escapan tampoco a las adversidades del destierro. Adversidades de toda índole, así honrosas y purificadoras como equívocas y vergonzantes. Pensad que muchos de ellos fueron despojados, no sólo de su patrimonio, sino del leve aro de una alianza, del último recuerdo familiar, del último kopek. El gran duque Vladimiro y el gran duque Nicolás, tíos del Zar, murieron en Francia. La gran duquesa Anastasia, viuda del segundo, ha fallecido en la Costa Azul, hace días. Frente al Mediterráneo, en Saint Briac, reside el gran duque Cirilo, heredero del trono de todas las Rusias; su esposa, una Sajonia-Coburgo, hermana de la Reina de Rumania, y sus tres hijos, varón uno de ellos. El presunto zarevitich ha nacido en la expatriación. Hermanos de pretendiente, y, como



LOS PRÍNCIPES YOUS-
SOUPPOFF, QUE TIENEN
ABIERTA AL PÚBLICO,
EN PARÍS, UNA IMPORT-
TANTE CASA DE MODAS



Retrato

Isidro Gamonal

Reproducción del Prof. Eug. Normier



LA GRAN DUQUESA KIRA,
HIJA DEL PRETENDIEN-
TE, GRAN DUQUE CIRILO



MINIATURA DE UN COSA-
CO DE LA GUARDIA IMPE-
RIAL, HECHO CON ZAFIRO
S Y PIEDRAS PRECIOSAS DEL
URAL, PROCEDENTE DEL
TESORO DE LOS ZARES

él, primos de Nicolás II, son el gran duque Boris, mundano, seductor, sugestivo, que sobrelleva la expatriación con más frivolidad que pesadumbre; el gran duque Andrés, cuya afable circunspección recuerda al Emperador, y la gran duquesa Helena, quien casada con el príncipe Nicolás de Grecia, es el hada madrina de sus infelices compatriotas. Ella ha enjugado lágrimas, ha asistido enfermos, ha recogido del gran mundo cosmopolita millones y millones de francos que, cuerda y administradora, sostiene bibliotecas, escuelas, comedores, hospitales, roperos. Su hermano Andrés contrajo matrimonio con la famosa bailarina Kressinskaia, quien hoy, elevada al rango de princesa, dirige una academia de danzas. Hijos de otro tío del Emperador—el gran duque Dimitri, quien, casado con una norteamericana, representa en Nueva York una marca de champán; y la difunta princesa Paley, cuya hija, divorciada hoy, llevó el nombre de un célebre modisto francés: Lucien Lelong. Citemos todavía otros nombres en la genealogía de los Romanoff: la hermana mayor del Emperador, gran duquesa Xenia, cuyos hijos ocupan modestísimos empleos, y el ejecutor de Raspoutine, príncipe Félix Youssouff, que ha logrado rehacer su existencia en la industria de la confección...

La Unión de la Nobleza Rusa en Francia ha fundado un archivo genealógico, especie de aduana minuciosa e implacable, que identifica al limpio y confunde al impostor o al espúreo. Suma ochocientos miembros, y a ella pertenecen los oficiales supervivientes de la Guardia Imperial.

Recomiendan los estatutos la protección a las hijas de los emigrados, y, en efecto, todos los desvelos y todos los recursos van a ellas. Se trata de procurar a las señoritas nobles nacidas en el exilio una existencia y una educación consonantes a la moral de sus viejas familias.

Con su afición a las artes plásticas y decorativas, con sus recuerdos de abundancias domésticas y paradas nocturnas, con su instinto certero del ritmo y del color, la nobleza abatida ha enriquecido y renovado el buen gusto parisién. Hoy, en las salas de té, en los espectáculos, en las revistas gráficas, en las tiendas de antigüedades o frivolidades, en las galerías de los grandes modistos, la Rusia blanca dirige, influye o colabora. La Unión de la Nobleza acepta todas las profesiones y aun todas las creencias. Repudia únicamente el comunismo y la francmasonería. Porque hubo una defección, el conde y la condesa de Ignatief, que son agentes de los Soviets. Marido y mujer vendieron su primogenitura por un plato de caviar...

MARIANO DARANAS



GELÉE-MITZA

9.85 plus.

Señora: Si no conoce usted GELEE-MITZA, haga ahora una prueba aprovechando el coste limitado del nuevo tubo.

Precio del tubo gran tamaño, pesetas 18,75. Contra envío de 19,55 pesetas, por giro postal, se remite por correo certificado

NOTA IMPORTANTE.—Habiendo llegado a nuestro conocimiento que algunas Casas poco escrupulosas, aunque anuncian en sus escaparates GELEE-MITZA, con el fin de obtener un mayor beneficio en sus ventas, aconsejan a sus compradores otros preparados de escasa o nula eficacia, recomendamos con el mayor interés a nuestros clientes no se dejen sugestionar y exijan siempre GELEE-MITZA. Advertimos que GELEE-MITZA está elaborado con un procedimiento especial de obtención, único, no pudiendo, por lo tanto, ser sustituido por otro. GELEE-MITZA es único en el mundo.